

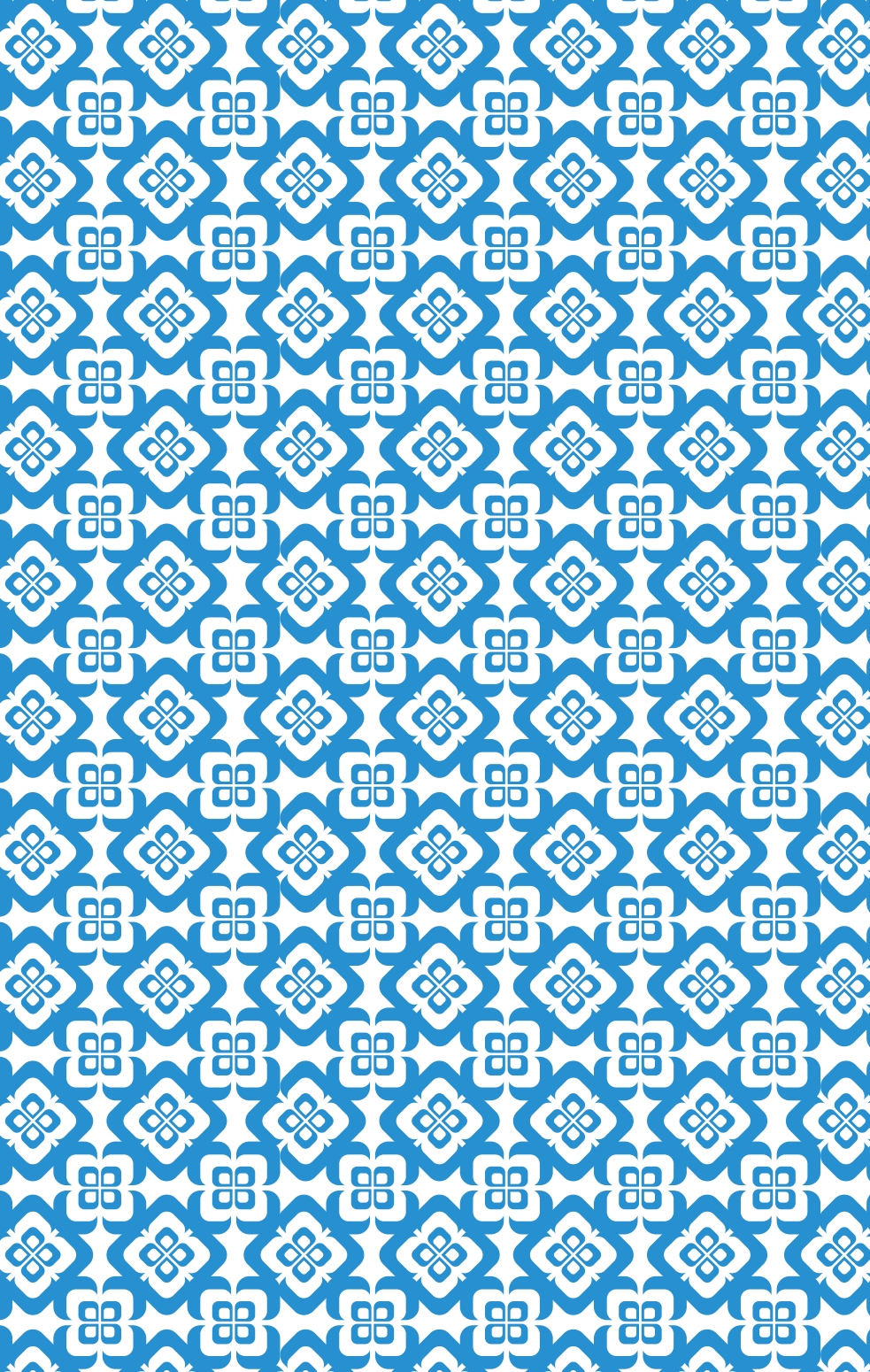
COLECCIÓN
♦ DE POESÍA ♦
HUGO GUTIÉRREZ VEGA

Garcilaso de la Vega

Poesía selecta



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura



arcilaso de la Vega

Poesía selecta

COLECCIÓN
◆ DE POESÍA ◆
HUGO GUTIÉRREZ VEGA



arcilaso de la Vega

Poesía selecta



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura



Itzcóatl Tonatiuh Bravo Padilla
Rectoría General

Miguel Ángel Navarro Navarro
Vicerrectoría Ejecutiva

José Alfredo Peña Ramos
Secretaría General

Sonia Reynaga Obregón
Coordinación General Académica

Patricia Rosas Chávez
Dirección de Letras para Volar

Sayri Karp Mitastein
Dirección de la Editorial Universitaria



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura

Primera edición electrónica, 2015

Director de la colección
Hugo Gutierrez Vega

Autor
Garcilaso de la Vega

D.R. © 2015, Universidad de Guadalajara



**EDITORIAL
UNIVERSITARIA**

Editorial Universitaria
José Bonifacio Andrada 2679
Colonia Lomas de Guevara
44657, Guadalajara, Jalisco
www.editorial.udg.mx

Noviembre de 2015

ISBN 978-607-742-335-5

Jorge Orendáin Caldera
Cuidado editorial

J Daniel Zamorano Hernández
Diseño y diagramación



Este trabajo está autorizado bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercialSinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND) lo que significa que el texto puede ser compartido y redistribuido, siempre que el crédito sea otorgado al autor, pero no puede ser mezclado, transformado, construir sobre él ni utilizado con propósitos comerciales. Para más detalles consúltese <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

Estimado universitario:

Los resultados poco satisfactorios que se han obtenido en las pruebas PISA y ENLACE ponen de manifiesto que los estudiantes de nivel medio y superior en todo el país tienen dificultades con la comprensión lectora. La Universidad de Guadalajara, no ajena a esta realidad, decidió crear desde 2010 el Programa Universitario de Fomento a la Lectura “Letras para volar”.

Este programa promueve el gusto por la lectura a la par que se propone el desarrollo de la competencia lectora en estudiantes de diversos niveles educativos. Esta labor se realiza desde la función sustantiva de extensión en la que prestadores de servicio social de nuestra casa de estudios acuden semanalmente a escuelas primarias y secundarias para fomentar el gusto por la lectura, gracias a lo cual un total de 123,598 niños y jóvenes se han visto beneficiados con el programa desde su creación.

Desde las funciones de investigación y docencia, la Universidad de Guadalajara trabaja en favor de los jóvenes de nivel medio y superior para consolidar la competencia lectora y poner al alcance de los estudiantes la lectura, por tanto, hemos invitado a tres universitarios distinguidos a integrarse a este proyecto y seleccionar títulos para las tres colecciones que llevan su nombre:

- Colección Caminante Fernando del Paso
- Colección Hugo Gutiérrez Vega
- Colección Fernando Carlos Vevia Romero

Desarrollar la competencia lectora está no sólo en la base de la educación, sino en el apoyo mismo de lo que somos como sociedad. Leer en la universidad no se debe limitar a los textos escolares; por ello, ponemos a disposición de nuestros jóvenes tirajes masivos para que desarrollen el entusiasmo por la lectura y la incorporen a su vida cotidiana.

¡Que ningún universitario se quede sin leer!

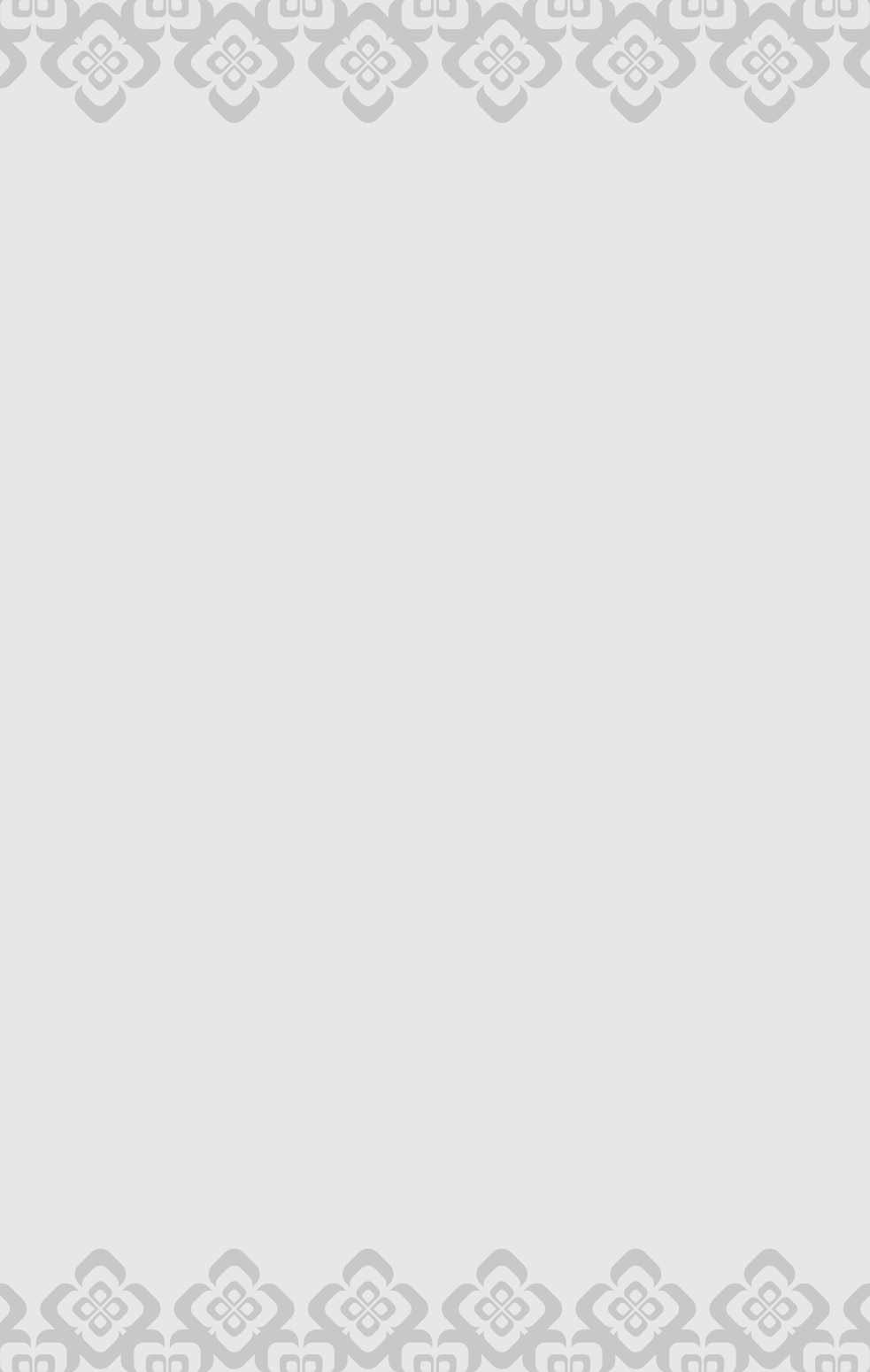
Itzcóatl Tonatiuh Bravo Padilla

Rector General

Universidad de Guadalajara

Índice

9	Palabras preliminares
13	Égloga primera
29	Elegía primera
44	Canción primera
47	Canción segunda
50	Canción tercera
53	Canción cuarta
60	Canción quinta
65	Sonetos
92	Canciones breves



Palabras preliminares

DR. HUGO GUTIÉRREZ VEGA

Miembro de Número de la Academia Mexicana de la Lengua

Los poetas de la generación de 1927 —Federico García Lorca, Rafael Alberti, Luis Cernuda y Manuel Altolaguirre, entre otros— volvieron los ojos a la poesía de los Siglos de Oro y del romanticismo, e hicieron homenajes a Luis de Góngora y a Gustavo Adolfo Bécquer. Otro de los poetas predilectos de esa generación fue Garcilaso de la Vega. Rafael Alberti, en uno de sus clásicos juegos poéticos, lo recuerda diciendo

Si Garcilaso viviera...
qué gran caballero era.

Y Miguel Hernández, el pastor-poeta que unos años más tarde se unió a la generación del 27, le escribió una oda en la que lo llama “Un claro caballero de rocío”.

Estaba en preparatoria en Guadalajara, cuando leí con entusiasmo los sonetos amorosos. Su castellano era ya el nuestro, y su poesía juntaba la emoción con la perfección formal. De los sonetos pasé a las canciones y, puse toda mi atención en las églogas, particularmente en la primera: “El dulce lamentar de dos pastores...”

El mundo en el que vivía el poema era el idealizado por la literatura pastoril, la Arcadia feliz, cruzada por ríos

de leche y miel, en la que las pastoras y pastores vivían en paz, y gozaban de la felicidad bucólica. Recordemos la “Diana” de don Jorge de Montemayor, y el discurso que, sobre los “siglos dorados”, hizo nuestro señor don Quijote.

Dirigí una adaptación teatral de la Égloga primera a los Cómicos de la Legua de la Universidad Autónoma de Querétaro. Los personajes eran el poeta y los pastores Salicio y Nemoroso. Por otra parte, el soneto cuyo primer verso es: “En tanto que de rosa y azucena...” fue para mí un ejemplo insuperable de belleza en el fondo y en la forma.

Garcilaso nació en Toledo, en 1503. Como Jorge Manrique, era de noble cuna, y desde muy joven se dedicó al ejercicio de las armas. Estuvo muy cerca del emperador Carlos V, y fue un admirador de la emperatriz Isabel, dama inteligente y bondadosa, al igual que san Francisco de Borja, en ese entonces marqués de Lombay. Cuando vio su cadáver yacente sintió un dolor que lo llevó a decir “Nunca servir a señor que se me pueda morir”, y ese fue motivo de su dedicación al servicio de Dios.

Se casó con doña Elena de Zúñiga y, por órdenes del emperador, luchó contra los turcos en la isla de Rodas, participó en la campaña de Navarra contra los franceses, y mantuvo un silencioso amor por doña Isabel Freire, dama de honor de la emperatriz.

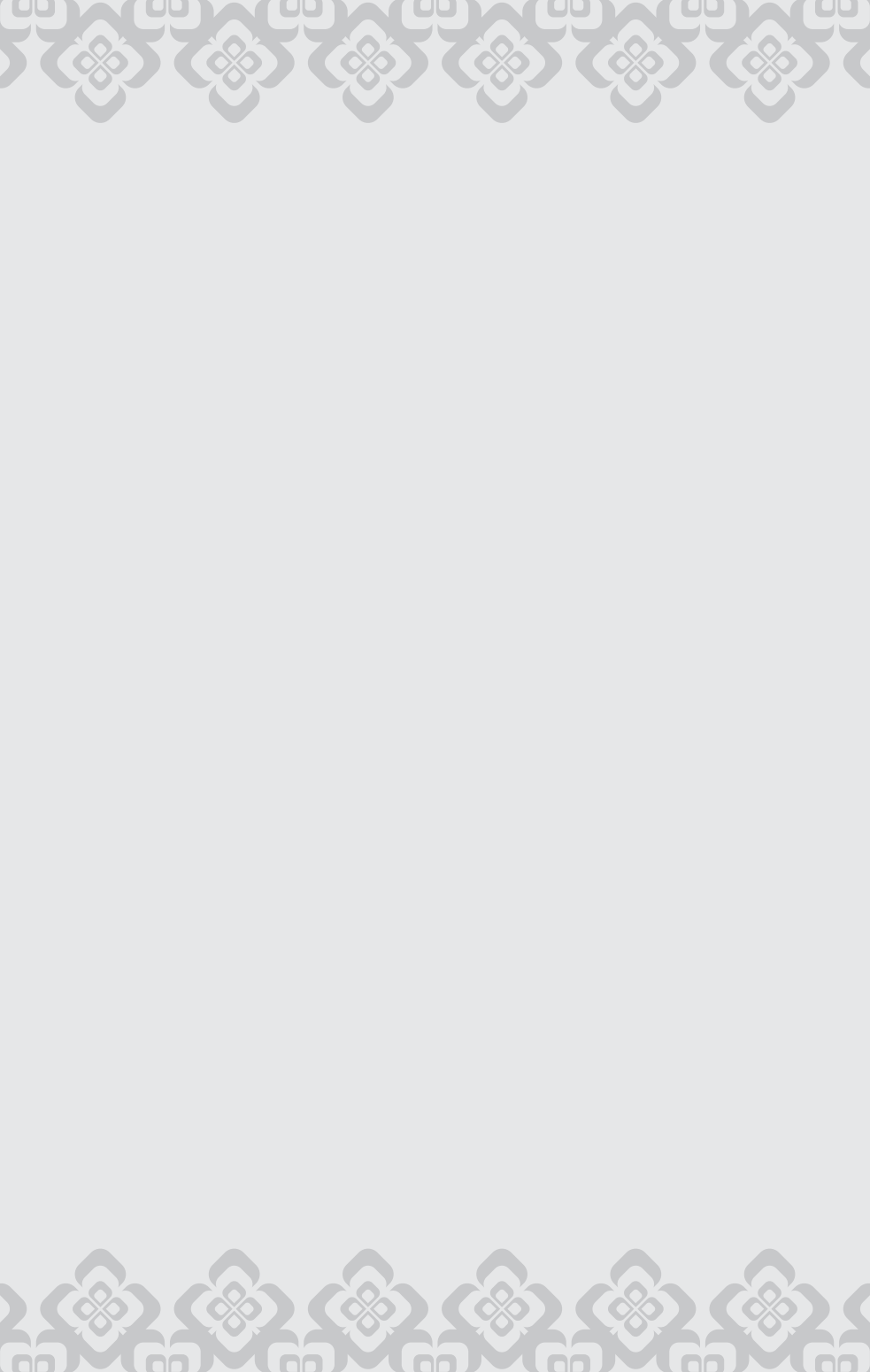
Estuvo en varias jornadas militares en Italia, y pasó unos meses confinado en una isla del Danubio, debido a un error en la interpretación de una orden militar.

Junto con Juan Boscán, poeta barcelonés, mantuvo largas conversaciones con Andrea de Navaggiero, escritor italiano que llevó a España las nuevas formas del llamado “itálico modo”, especialmente el soneto, compuesto por catorce versos divididos en dos cuartetos y dos tercetos, aconsonantados entre sí.

Estas nuevas formas provenían, sobre todo, de Francisco Petrarca, pero también de Dante Alighieri y de otros poetas del renacimiento. “El Cortesano”, de Baltazar de Castiglione, fue el libro emblemático de esta renovación literaria.

En la guerra contra los franceses fue herido gravemente en el asalto a la fortaleza de Muy, y murió en Niza el 13 o 14 de octubre de 1536. Algunos estudiosos aseguran que murió en brazos de san Francisco de Borja.

Era apuesto, inteligente, excelente poeta y hombre bueno, en el sentido machadiano de la palabra bueno. Por eso, Miguel Hernández le llama “un claro caballero de rocío”.



Égloga primera

Al virrey de Nápoles

SALICIO, NEMOROSO

El dulce lamentar de dos pastores,
Salicio juntamente y Nemoroso,
he de contar, sus quejas imitando;
cuyas ovejas al cantar sabroso
estaban muy atentas, los amores,
de pacer olvidadas escuchando.
Tú, que ganaste obrando
un nombre en todo el mundo
y un grado sin segundo,
ahora estés atento solo y dado
el ínclito gobierno del estado
albano; ahora vuelto a la otra parte,
resplandeciente, armado,
representando en tierra el fiero Marte
ahora de cuidados enojosos
y de negocios libre, por ventura
andes a caza el monte fatigando
en ardiente jinete, que apresura
el curso tras los ciervos temerosos,
que en vano su morir van dilatando

espera, que en tornando
a ser restituido
al ocio ya perdido,
luego verás ejercitar mi pluma
por la infinita innumerable suma
de tus virtudes y famosas obras,
antes que me consuma,
faltando a ti, que a todo el mondo sobras.

En tanto que este tiempo que adivino
viene a sacarme de la deuda un día,
que se debe a tu fama y a tu gloria;
que es deuda general, no sólo mía,
mas de cualquier ingenio peregrino
que celebra lo digno de memoria,
el árbol de victoria
que ciñe estrechamente
tu gloriosa frente
dé lugar a la hiedra que se planta
debajo de tu sombra, y se levanta
poco a poco, arrimada a tus loores;
y en cuanto esto se canta,
escucha tú el cantar de mis pastores.

Saliendo de las ondas encendido
rayaba de los montes al altura
el sol, cuando Salicio, recostado
al pie de un alta haya, en la verdura,

por donde un agua clara con sonido
atravesaba el fresco y verde prado;
él, con canto acordado
al rumor que sonaba,
del agua que pasaba,
se quejaba tan dulce y blandamente
como si no estuviera de allí ausente
la que de su dolor culpa tenía;
y así como presente,
razonando con ella, le decía:

SALICIO

¡Oh más dura que mármol a mis quejas,
y al encendido fuego en que me quemo
más helada que nieve, Galatea!,
estoy muriendo, y aun la vida temo;
témola con razón, pues tú me dejas;
que no hay sin ti el vivir para qué sea.
Vergüenza he que me vea
ninguno en tal estado,
de ti desamparado,
y de mí mismo yo me corro agora.
¿De un alma te desdeñas ser señora
donde siempre moraste, no pudiendo
della salir un hora?
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

El sol tiende los rayos de su lumbré
por montes y por valles, despertando
las aves y animales y la gente:
cuál por el aire claro va volando,
cuál por el verde valle o alta cumbre
paciendo va segura y libremente:
cuál con el sol presente,
va de nuevo al oficio,
y al usado ejercicio
do su natura o menester le inclina:
siempre está en llanto esta ánima mezquina,
cuando la sombra el mundo va cubriendo,
o la luz se avecina.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Y tú, desta mi vida ya olvidada,
sin mostrar un pequeño sentimiento
de que por ti Salicio triste muera,
¿dejas llevar, desconocida, al viento
el amor y la fe, que ser guardada
eternamente sólo a mí debiera?
¡Oh Dios! ¿Por qué siquiera
(pues ves desde tu altura
esta falsa perjura
causar la muerte de un estrecho amigo)
no recibe del cielo algún castigo?
Si en pago del amor yo estoy muriendo,
¿qué hará el enemigo?
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Por ti el silencio de la selva umbrosa,
por ti la esquividad y apartamiento
del solitario monte me agradaba;
por ti la verde hierba, el fresco viento,
el blanco lirio y colorada rosa
y dulce primavera deseaba.
¡Ay, cuánto me engañaba!
¡Ay, cuán diferente era
y cuán de otra manera
lo que en tu falso pecho se escondía!
Bien claro con su voz me lo decía
la siniestra corneja repitiendo
la desventura mía.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¡Cuántas veces, durmiendo en la floresta,
reputándolo yo por desvarío,
vi mi mal entre sueños, desdichado!
Soñaba que en el tiempo del estío
llevaba, por pasar allí la siesta,
a beber en el Tajo mi ganado;
y después de llegado,
sin saber de cuál arte,
por desusada parte
y por nuevo camino el agua se iba;
ardiendo yo con la calor estiva,
el curso enajenado iba siguiendo
del agua fugitiva.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Tu dulce habla ¿en cuya oreja suena?
Tus claros ojos, ¿a quién los volviste?
¿Por quién tan sin respeto me trocaste?
Tu quebrantada fe, ¿do la pusiste?
¿Cuál es el cuello que, como en cadena,
de tus hermosos brazos anudaste?
No hay corazón que baste,
aunque fuese de piedra,
viendo mi amada hiedra,
de mí arrancada, en otro muro asida,
y mi parra en otro olmo entretejida,
que no se esté con llanto deshaciendo
hasta acabar la vida.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¿Qué no se esperará de aquí adelante,
por difícil que sea y por incierto?
O ¿qué discordia no será juntada?
Y juntamente, ¿qué tendrá por cierto,
o qué de hoy más no temerá el amante,
siendo a todo materia por ti dada?
Cuando tú enajenada
de mí, cuitado, fuiste,
notable causa diste
y ejemplo a todos cuantos cubre el cielo,
que el más seguro tema con recelo
perder lo que estuviere poseyendo;
Salid fuera sin duelo,
salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Materia diste al mundo de esperanza
de alcanzar lo imposible y no pensado,
y de hacer juntar lo diferente,
dando a quien diste el corazón malvado,
quitándolo de mí con tal mudanza,
que siempre sonará de gente en gente.
La cordera paciente
con el lobo hambriento
hará su ayuntamiento,
y con las simples aves sin ruido
harán las bravas sierpes ya su nido;
que mayor diferencia comprendo
de ti al que has escogido.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Siempre de nueva leche en el verano,
y en el invierno abundo; en mi majada
la manteca y el queso está sobrado;
de mi cantar, pues, yo te vi agradada
tanto, que no pudiera el mantuano
Titiro ser de ti más alabado.
No soy, pues, bien mirado,
tan disforme ni feo;
que aun agora me veo
en esta agua que corre clara y pura;
y cierto no trocara mi figura
con ese que de mí se está riendo:
trocara mi ventura.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¿Cómo te vine en tanto menosprecio?
¿Cómo te fui tan presto aborrecible?
¿Cómo te faltó en mí el conocimiento?
Si no tuvieras condición terrible,
siempre fuera tenido de ti en precio,
y no viera de ti este apartamiento.
¿No sabes que sin cuento
buscan en el estío
mis ovejas el frío
de la sierra de Cuenca, y el gobierno
del abrigado extremo en el invierno?
Mas ¿qué vale el tener, si derritiendo
me estoy en llanto eterno?
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Con mi llorar las piedras enternecen
su natural dureza y la quebrantan
los árboles parece que se inclinan;
las aves que me escuchan, cuando cantan,
con diferente voz se condolecen,
y mi morir cantando me adivinan.
Las fieras que reclinan
su cuerpo fatigado,
dejan el sosegado
sueño por escuchar mi llanto triste.
Tú sola contra mí te endureciste,
los ojos aun siquiera no volviendo
a lo que tú hiciste.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Mas ya que a socorrer aquí no vienes,
no dejes el lugar que tanto amaste,
que bien podrás venir de mí segura.
Yo dejaré el lugar do me dejaste;
ven, si por sólo esto te detienes.
Ves aquí un prado lleno de verdura,
ves aquí una espesura,
ves aquí una agua clara,
en otro tiempo cara,
a quien de ti con lágrimas me quejo.
Quizá aquí hallarás, pues yo me alejo,
al que todo mi bien quitarme puede;
que, pues el bien le dejo,
no es mucho que el lugar también le quede.

Aquí dio fin a su cantar Salicio,
y suspirando en el postrero acento,
soltó de llanto una profunda vena.
Queriendo el monte al grave sentimiento
de aquel dolor en algo ser propicio,
con la pesada voz retumba y suena.
La blanca Filomena,
casi como dolida
y a compasión movida,
dulcemente responde al son lloroso.
Lo que cantó tras esto Nemoroso
decidlo vos, Piérides, que tanto
no puedo yo ni oso,
que siento enflaquecer mi débil canto.

NEMOROSO

Corrientes aguas, puras, cristalinas;
árboles que os estáis mirando en ellas,
verde prado de fresca sombra lleno,
aves que aquí sembráis vuestras querellas,
hiedra que por los árboles caminas,
torciendo el paso por su verde seno;
yo me vi tan ajeno
del grave mal que siento,
que de puro contento
con vuestra soledad me recreaba,
donde con dulce sueño reposaba,
o con el pensamiento discurría
por donde no hallaba
sino memorias llenas de alegría.

Y en este mismo valle, donde agora
me entristezco y me canso, en el reposo
estuve ya contento y descansado.
¡Oh bien caduco, vano y presuroso!
Acuérdome durmiendo aquí algún hora,
que, despertando, a Elisa vi a mi lado.
¡Oh miserable hado!
¡Oh tela delicada,
antes de tiempo dada
a los agudos filos de la muerte!
Mas conveniente fuera aquesta suerte
a los cansados años de mi vida,

que es más que el hierro fuerte,
pues no la ha quebrantado tu partida.

¿Dó están agora aquellos claros ojos
que llevaban tras sí como colgada
mi alma doquier que ellos se volvían?
¿Dó está la blanca mano delicada,
llena de vencimientos y despojos
que de mí mis sentidos le ofrecían?
Los cabellos que veían
con gran desprecio al oro,
como a menor tesoro,
¿adónde están? ¿Adónde el blando pecho?
¿Dó la columna que el dorado techo
con presunción graciosa sostenía?
Aquesto todo agora ya se encierra,
por desventura mía,
en la fría, desierta y dura tierra.

¿Quién me dijera, Elisa, vida mía,
cuando en aqueste valle al fresco viento
andábamos cogiendo tiernas flores,
que había de ver con largo apartamiento
venir el triste y solitario día
que diese amargo fin a mis amores?
El cielo en mis dolores
cargó la mano tanto,
que a sempiterno llanto

y a triste soledad me ha condenado;
y lo que siento más es verme atado
a la pesada vida y enojosa,
solo, desamparado,
ciego, sin lumbre, en cárcel tenebrosa.

Después que nos dejaste, nunca pace
en hartura el ganado ya, ni acude
al campo al labrador con mano llena.
No hay bien que en mal no se convierta y mude:
la mala hierba al trigo ahoga, y nace
en lugar suyo la infelice avena.
La tierra, que de buena
gana nos producía
flores con que solía
quitar en sólo vellas mil enojos,
produce agora en cambio estos abrojos,
ya de rigor de espinas intratable;
yo hago con mis ojos
crecer, llorando, el fruto miserable.

Como al partir del sol la sombra crece,
y, en cayendo su rayo, se levanta
la negra oscuridad que el mundo cubre,
y la de do viene el temor que nos espanta,
y la medrosa forma en que se ofrece
aquella que la noche nos encubre,
hasta que el sol descubre

su luz pura y hermosa:
tal es la tenebrosa
noche de tu partir, en que he quedado
de sombra y de temor atormentado,
hasta que muerte el tiempo determine
que a ver el deseado
sol de tu clara vista me encamine.

Cual suele el ruiseñor con triste canto
quejarse, entre las hojas escondido,
del duro labrador, que cautamente
le despojó su caro y dulce nido
de los tiernos hijuelos, entre tanto
que del amado ramo estaba ausente,
y aquel dolor que siente
con diferencia tanta
por la dulce garganta
despide, y a su canto el aire suena,
y la callada noche no refrena
su lamentable oficio y sus querellas,
trayendo de su pena
el cielo por testigo y las estrellas;

desta manera suelto yo la rienda
a mi dolor, y así me quejo en vano
de la dureza de la muerte airada.
Ella en mi corazón metió la mano,
y de allí me llevó mi dulce prenda;

que aquél era su nido y su morada.
¡Ay muerte arrebatada!
Por ti me estoy quejando
al cielo y enojando
con importuno llanto al mundo todo.
El desigual dolor no sufre modo.
No me podrán quitar el dolorido
sentir, si ya del todo
primero no me quitan el sentido.

Tengo una parte aquí de tus cabellos,
Elisa, envueltos en un blanco paño,
que nunca de mi seno se me apartan;
descójolos, y de un dolor tamaño
enternecerme siento, que sobre ellos
nunca mis ojos de llorar se hartan.
Sin que de allí se partan,
con suspiros calientes,
más que la llama ardientes,
los enjugo del llanto, y de consuno
casi los paso y cuento uno a uno;
juntándolos, con un cordón los ato:
tras esto el importuno
dolor me deja descansar un rato.

Mas luego a la memoria se me ofrece
aquella noche tenebrosa, oscura,
que siempre aflige esta ánima mezquina
con la memoria de mi desventura.

Verte presente agora me parece
en aquel duro trance de Lucina,
y aquella voz divina,
con cuyo son y acentos
a los airados vientos
pudieras amansar, que agora es muda;
me parece que oigo que a la cruda,
inexorable diosa demandabas
en aquel paso ayuda;
y tú, rústica diosa, ¿dónde estabas?

¿Íbate tanto en perseguir las fieras?
¿Íbate tanto en un pastor dormido?
¿Cosa pudo bastar a tal crudeza,
que, conmovida a compasión, oído
a los votos y lágrimas no dieras
por no ver hecha tierra tal belleza,
o no ver la tristeza
en que tu Nemoroso
queda, que su reposo
era seguir tu oficio, persiguiendo
las fieras por los montes y ofreciendo
a tus sagradas aras los despojos?
¿Y tú, ingrata, riendo
dejas morir mi bien ante los ojos?

Divina Elisa, pues agora el Cielo
con inmortales pies pisas y mides,
y su mudanza ves, estando queda,

¿por qué de mí te olvidas, y no pides
que se apresure el tiempo en que este velo
rompa del cuerpo, y verme libre pueda,
y en la tercera rueda,
contigo mano a mano
busquemos otro llano,
busquemos otros montes y otros ríos,
otros valles floridos y sombríos,
donde descanse, y siempre pueda verte
ante los ojos míos,
sin miedo y sobresalto de perderte?

Nunca pusieran fin al triste lloro
los pastores, ni fueran acabadas
las canciones que sólo el monte oía,
si, mirando las nubes coloradas,
al tramontar del sol bordadas de oro,
no vieran que era ya pasado el día.
La sombra se veía
venir corriendo apriesa
ya por la falda espesa
del altísimo monte, y recordando
ambos como de sueño, y acabando
el fugitivo sol, de luz escaso,
su ganado llevando,
se fueran recogiendo paso a paso.

Elegía primera

Al duque de Alba

En la muerte de don Bernardino de Toledo, su hermano

Aunque este grave caso haya tocado
con tanto sentimiento el alma mía
que de consuelo estoy necesitado,

con que de su dolor mi fantasía
se descargase un poco, y se acabase
de mi continuo llanto la porfía,

quise, pero, probar si me bastase
el ingenio a escribirte algún consuelo,
estando cual estoy, que aprovechase

para que tu reciente desconsuelo
la furia mitigase, si las musas
pueden un corazón alzar del suelo,

y poner fin a las querellas que usas,
con que de Pindo ya las moradoras
se muestran lastimadas y confusas;

que según he sabido, ni a las horas
que el sol se muestra ni en el mar se esconde,
de tu lloroso estado no mejoras;

antes en él permaneciendo, donde-
quiera que estás tus ojos siempre bañas,
y el llanto a tu dolor así responde,

que temo ver deshechas tus entrañas
en lágrimas, como al lluvioso viento
se derrite la nieve en las montañas.

Si acaso el trabajado pensamiento
en el común reposo se adormece,
por tornar al dolor con nuevo aliento,

en aquel breve sueño te aparece
la imagen amarilla del hermano,
que de la dulce vida desfallece;

y tú tendiendo la piadosa mano,
probando a levantar el cuerpo amado,
levantas solamente el aire vano;

y del dolor el sueño desterrado,
con ansias vas buscando el que partido
era ya con el sueño y alongado.

Así desfalleciendo en tu sentido,
como fuera de ti, por la ribera
de Trápana con llanto y con gemido

el caro hermano buscas, que sólo era
la mitad de tu alma, el cual muriendo,
no quedará ya tu alma entera.

Y no de otra manera repitiendo
vas el amado nombre, en desusada
figura a todas partes revolviendo,

que cerca del Erídano, aquejada,
lloró y llamó Lampecie el nombre en vano,
con la fraterna muerte lastimada:

“Ondas, tornadme ya mi dulce hermano
Faetón; si no, aquí veréis mi muerte,
regando con mis ojos este llano.”

¡Oh cuántas veces, con el dolor fuerte
avivadas las fuerzas, renovaba
las quejas de su cruda y dura suerte!

¡Y cuántas otras, cuando se acababa
aquel furor, en la ribera umbrosa,
muerta, cansada, el cuerpo reclinaba!

Bien te confieso que si alguna cosa
entre la humana puede y mortal gente
entristecer un alma generosa,

con gran razón podrá ser la presente,
pues te ha privado de un tan dulce amigo,
no solamente hermano, un accidente;

el cual no sólo siempre fue testigo
de tus consejos e íntimos secretos,
mas de cuanto lo fuiste tú contigo.

En él se reclinaban tus discretos
y honestos pareceres y hacían
conforme al asiento sus efectos.

En él ya se mostraban y leían
tus gracias y virtudes una a una,
y con hermosa luz resplandecían,

como en luciente de cristal coluna,
que no encubre de cuanto se avecina
a su viva pureza cosa alguna.

¡Oh miserables hados! ¡Oh mezquina
suerte la del estado humano, y dura,
do por tantos trabajos se camina!

¡Y agora muy mayor la desventura
de aquesta nuestra edad, cuyo progreso
muda de un mal en otro su figura!

¿A quién ya de nosotros el exceso
de guerras, de peligros y destierro
no toca, y no ha cansado el gran proceso?

¿Quién no vio desparcir su sangre al hierro
del enemigo? ¿Quién no vio su vida
perder mil veces y escapar por yerro?

¿De cuántos queda y quedará perdida
la casa, y la mujer y la memoria,
y de otros la hacienda despendida?

¿Qué se saca de aquesto? ¿Alguna gloria?
¿Algunos premios o agradecimientos?
Sabrálo quien leyere nuestra historia.

Veráse allí que, como polvo al viento,
así se deshará nuestra fatiga
ante quien se endereza nuestro intento.

No contenta con esto la enemiga
del humano linaje, que, envidiosa,
goce sin tiempo el grano de la espiga,

nos ha querido ser tan rigurosa,
que ni a tu juventud, don Bernaldino,
ni ha sido a nuestra pérdida piadosa.

¿Quién pudiera de tal ser adivino?
¿A quién no le engañara la esperanza,
viéndote caminar por tal camino?

¿Quién no se prometiera en abastanza
seguridad entera de tus años,
sin temer de natura tal mudanza?

Nunca los tuyos, mas los propios daños,
dolernos deben; que la muerte amarga
nos muestra claros ya mil desengaños.

Hanos mostrado ya que en vida larga
apenas de tormentos y de enojos
llevar podemos la pesada carga.

Hanos mostrado en ti que claros ojos
y juventud, y gracia, y hermosura
son también, cuando quiere, sus despojos.

Mas no puede hacer que tu figura,
después de ser de vida ya privada,
no muestre el artificio de natura.

Bien es verdad que no está acompañada
de la color de rosa que solía
con la blanca azucena ser mezclada;

porque el calor templado, que encendía
la blanca nieve de tu rostro puro,
robado ya la muerte te lo había.

En todo lo demás, como en seguro
y reposado sueño, descansabas,
indicio dando del vivir futuro.

Mas ¿qué hará la madre que tú amabas,
de quien perdidamente eras amado,
a quien la vida con la tuya dabas?

Aquí se me figura que ha llegado
de su lamento el son, que con su fuerza
rompe el aire vecino y apartado;

tras el cual a venir también se esfuerza
el de las cuatro hermanas, que teniendo
va con el de la madre a viva fuerza.

A todas las contemplo desparciendo
de su cabello luengo el fino oro,
al cual ultraje y daño están haciendo.

El viejo Tormes, con el blanco coro
de sus hermosas ninfas seca el río,
y humedece la tierra con su lloro.

No recostado en urna al dulce frío
de su caverna umbrosa, mas tendido
por el arena en el ardiente estío,

con ronco son de llanto y de gemido,
los cabellos y barbas mal paradas
se despedaza y el sutil vestido.

En torno dél sus ninfas, desmayadas,
llorando en tierra están sin ornamento,
con las cabezas de oro despeinadas.

Cese ya del dolor el sentimiento,
hermosas moradoras del undoso
Tormes; tened más provechoso intento;

consolad a la madre, que el piadoso
dolor la tiene puesta en tal estado,
que es menester socorro presuroso.

Presto será que el cuerpo, sepultado
en un perpetuo mármol, de las ondas
podrá de vuestro Tormes ser bañado.

Y tú, hermoso coro, allá en las hondas
aguas metido, podrá ser que al llanto
de mi dolor te muevas y respondas.

Vos, altos promontorios, entre tanto
con toda la Trinacria entristecida,
buscad alivio en desconsuelo tanto.

Sátiros, faunos, ninfas, cuya vida
sin enojos se pasa, moradores
de la parte repuesta y escondida,

con lengua experiencia sabedores,
buscad para consuelo de Fernando,
hierbas de propiedad oculta y flores;

así en el escondido bosque, cuando
ardiendo en vivo y agradable fuego
las fugitivas ninfas vais buscando,

ellas se inclinen al piadoso ruego,
y en recíproco lazo estén ligadas,
sin esquivar el amoroso juego.

Tú, gran Fernando, que entre tus pasadas
y tus presentes obras resplandeces,
y a mayor fama están por ti obligadas,

contempla dónde estás, que si falleces
al nombre que has ganado entre la gente,
de tu virtud en algo te enflaqueces.

Porque al fuerte varón no se consiente
no resistir los casos de fortuna
con firme rostro y corazón valiente.

Y no tan solamente esta importuna,
con proceso cruel y riguroso,
con revolver de sol, de cielo y luna,

mover no debe un pecho generoso
ni entristecerlo con funesto vuelo,
turbando con molestia su reposo;

mas si toda la máquina del cielo
con espantable son y con rüido,
hecha pedazos, se viniere al suelo,

debe ser aterrado y oprimido
del grave peso y de la gran rüina,
primero que espantado y conmovido.

Por estas asperezas se camina
de la inmortalidad al alto asiento,
do nunca arriba quien de aquí declina.

En fin, señor, tornando al movimiento
de la humana natura, bien permito
a nuestra flaca parte un sentimiento

mas el exceso en esto vedo y quito,
si alguna cosa puedo, que parece
que quiere proceder en infinito.

A lo menos el tiempo, que decrece
y muda de las cosas el estado,
debe bastar, si la razón fallece.

No fue el troyano príncipe llorado
siempre del viejo padre dolorido,
ni siempre de la madre lamentado;

antes, después del cuerpo redimido
con lágrimas humildes y con oro,
que fue del fiero Aquiles concedido,

y reprimido el lamentable coro
del frigio llanto, dieron fin al vano
y sin provecho sentimiento y lloro.

El tierno pecho, en esta parte humano,
de Venus, ¿qué sintió, su Adonis viendo
de su sangre regar el verde llano?

Mas desde que vido bien que corrompiendo
con lágrimas sus ojos, no hacía
sino en su llanto estarse deshaciendo,

y que tornar llorando no podía
su caro y dulce amigo de la oscura
y tenebrosa noche al claro día,

los ojos enjugó, y la frente pura
mostró con algo más contentamiento,
dejando con el muerto la tristura;

y luego con gracioso movimiento
se fue su paso por el verde suelo
con su guirlanda usada y su ornamento.

Desordenaba con lascivo vuelo
el viento su cabello; con su vista
alegraba la tierra, el mar y el cielo.

Con discurso y razón, que es tan prevista,
con fortaleza y ser que en ti contemplo,
a la flaca tristeza se resista.

Tu ardiente gana de subir al templo
donde la muerte pierde su derecho,
te baste, sin mostrarte yo otro ejemplo.

Allí verás cuán poco mal ha hecho
la muerte en la memoria y clara fama
de los famosos hombres que ha deshecho.

Vuelve los ojos donde al fin te llama
la suprema esperanza, do perfeta
sube y purgada el alma en pura llama.

¿Piensas que es otro el fuego que en Oeta
de Alcides consumió la mortal parte
cuando voló el espíritu al alta meta?

Desta manera aquel, por quien reparte
tu corazón suspiros mil al día,
y resuena tu llanto en cada parte,

subió por la difícil y alta vía,
de la carne mortal purgado y puro,
en la dulce región del alegría;

do con discurso libre ya y seguro
mira la vanidad de los mortales
ciegos, errados en el aire oscuro;

y viendo y contemplando nuestros males,
alégrase de haber alzado el vuelo
a gozar de las horas inmortales.

Pisa el inmenso y cristalino cielo
teniendo puestos de una y otra mano
el claro padre y el sublime abuelo.

El uno ve de su proceso humano
sus virtudes estar allí presentes
que el áspero camino hacen llano;

el otro, que acá hizo entre las gentes
en la vida mortal menor tardanza,
sus llagas muestra allá resplandecientes.

Dellas aqueste premio allá se alcanza;
porque del enemigo no conviene
procurar en el Cielo otra venganza.

Mira la tierra, el mar que la contiene,
todo lo cual por un pequeño punto
a respeto del Cielo juzga y tiene.

Puesta la vista en aquel gran trasunto
y espejo, do se muestra lo pasado
con lo futuro y lo presente junto,

el tiempo que a tu vida limitado
de allá arriba te está, Fernando, mira,
y allí ve tu lugar ya deputado.

¡Oh bienaventurado, que sin ira,
sin odio, en paz estás, sin amor ciego,
con quien acá se muere y se suspira;

y en eterna holganza y en sosiego
vives, y vivirás cuanto encendiere
las almas del divino amor el fuego!

Y si el Cielo piadoso y largo diere
lengua vida a la voz desde mi llanto,
lo cual tú sabes que pretende y quiere,

yo te prometo, amigo, que entre tanto
que el sol al mundo alumbre, y que la oscura
noche cubra la tierra con su manto,

y en tanto que los peces la hondura
húmeda habitarán del mar profundo,
y las fieras del monte la espesura,

se cantará de ti por todo el mundo;
que en cuanto se discurre, nunca visto
de tus años jamás otro segundo
será desde el Antártico a Calixto.

Canción primera

Si a la región desierta, inhabitable
por el hervor del sol demasiado
y sequedad de aquella arena ardiente;
o a la que por el hielo congelado
y rigurosa nieve es intratable,
del todo inhabitada de la gente,
por algún accidente,
o caso de fortuna desastrada,
me fuédeses llevada,
y supiese que allá vuestra dureza
estaba en su crudeza,
allá os iría a buscar, como perdido,
hasta morir a vuestros pies tendido.

Vuestra soberbia y condición esquiua
acabe ya, pues es tan acabada
la fuerza de en quien ha de ejecutarse.
Miré bien que el amor se desagrada
deso, pues quiere que el amante viva
y se convierta a do piense salvarse.
El tiempo ha de pasarse,
y de mis males arrepentimiento,
confusión y tormento
sé que os ha de quedar, y esto recelo;

¡que aun de aquesto me duelo!
Como en mí vuestros males son de otra arte,
duélenme en más sensible y tierna parte.

Así paso la vida, acrecentando
materia de dolor a mis sentidos,
como si la que tengo no bastase;
los cuales para todo están perdidos,
sino para mostrarme a mí cuál ando.
Pluguiese a Dios que aquesto aprovechase
para que yo pensase
un rato en mi remedio, pues os veo
siempre con un deseo
de perseguir al triste y al caído;
yo estoy aquí tendido,
mostrándoos de mi muerte las señales;
y vos viviendo sólo de mis males.

Si aquella amarillez y los suspiros
salidos sin licencia de su dueño;
si aquel hondo silencio no han podido
un sentimiento grande ni pequeño
mover en vos que baste a convertirlos
a siquiera saber que soy nacido;
baste ya haber sufrido
tanto tiempo, a pesar de lo que basto;
que a mí mismo contraste,
dándome a entender que mi flaqueza

me tiene en la tristeza
en que estoy puesto, y no lo que yo entiendo;
así que con flaqueza me defiendo.

Canción, no has de tener
conmigo que ver más en malo o en bueno;
trátame como ajeno,
que no te faltará de quien lo aprendas.
Si has miedo que me ofendas,
no quieras hacer más por mi derecho
de lo que hice yo, que el mal me he hecho.

Canción segunda

La soledad siguiendo,
rendido a mi fortuna,
me voy por los caminos que se ofrecen,
mis quejas de una en una
al viento, que las lleva do perecen;
puesto que ellas no merecen
ser de vos escuchadas,
he lástima de ver que van perdidas
por donde suelen ir las remediadas.
A mí se han de tornar,
adonde para siempre habrán de estar.

Mas ¿qué haré, señora,
en tanta desventura?
¿A dónde iré si a vos no voy con ella?
¿De quién podré yo agora
valerme en mi tristura,
si en vos no halla abrigo mi querella?
Vos sola sois aquella
con quien mi voluntad
recibe tal engaño,
que viéndoos holgar siempre con mi daño,
me quejo a vos, como si en la verdad
vuestra condición fuerte
tuviese alguna cuenta con mi muerte.

Los árboles presento
entre las duras peñas
por testigo de cuanto os he encubierto;
de lo que entre ellas cuento
podrán dar buenas señas,
si señas pueden dar del desconcierto.
Mas ¿quién tendrá concierto
en contar el dolor,
que es de orden enemigo?
No me den pena por lo que digo,
que ya no me refrenará el temor.
¡Quién pudiese hartarse
de no esperar remedio y de quejarse!

Mas esto me es vedado
con unas obras tales
con que nunca fue a nadie defendido;
que si otros han dejado
de publicar sus males,
llorando el mal estado a que han venido,
señora, no habrá sido
sino con mejoría
y alivio en su tormento;
mas ha venido en mí a ser lo que siento
de tal arte, que ya en mi fantasía
no cabe; y así quedo
sufriendo aquello que decir no puedo.

Si por ventura extendo
alguna vez mis ojos

por el proceso luengo de mis daños,
con lo que me defiendo
de tan grandes enojos
solamente es allí con mis engaños;
mas vuestros desengaños
vencen mi desvarío
y apocan mis defensas.
Sin yo poder dar otras recompensas,
sino que, siendo vuestro más que mío,
quise perderme así,
por vengarme de vos, señora, en mí.

Canción, yo he dicho más que me mandaron,
y menos que pensé;
no me pregunten más, que lo diré.

Canción tercera

Con un manso rüido
de agua corriente y clara,
cerca el Danubio una isla, que pudiera
ser lugar escogido
para que descansara
quien como yo estoy agora no estuviera:
do siempre primavera
parece en la verdura
sembrada de las flores;
hacen los rui señores
renovar el placer o la tristura
con sus blandas querellas,
que nunca día ni noche cesan dellas.

Aquí estuve yo puesto,
o, por mejor decirlo,
preso, forzado y solo en tierra ajena;
bien pueden hacer esto
en quien puede sufrirlo
y en quien él a sí mismo se condena.
Tengo sola una pena,
si muero desterrado
y en tanta desventura:
que piense, por ventura,

que juntos tantos males me han llevado,
y sé yo bien que muero
por solo aquello que morir espero.

El cuerpo está en poder
y en mano de quien puede
hacer a su placer lo que quisiere;
mas no podrá hacer
que mal librado quede,
mientras de mí otra prenda no tuviere.
Cuando ya el mal viniere
y la postrera suerte,
aquí me ha de hallar
en el mismo lugar,
que otra cosa más dura que la muerte
me halla y me ha hallado;
y esto sabe muy bien quien lo ha probado.

No es necesario agora
hablar más sin provecho,
que es mi necesidad muy apretada;
pues ha sido en una hora
todo aquello deshecho
en que toda mi vida fue gastada.
Y al fin de tal jornada,
¿presumen espantarme?
Sepan que ya no puedo
morir sino sin miedo;

que aun nunca qué temer quiso dejarme
la desventura mía,
que el bien y el miedo me quitó en un día.

Danubio, río divino,
que por fieras naciones
vas con tus claras ondas discurriendo,
pues no hay otro camino
por donde mis razones
vayan fuera de aquí, sino corriendo
por tus aguas, y siendo
en ellas anegadas;
si en tierra tan ajena,
en la desierta arena,
fueron de alguno acaso en fin halladas,
entiérrelas, siquiera,
porque su error se acabe en tu ribera.

Aunque en el agua mueras,
canción, no has de quejarte,
que yo he mirado bien lo que te toca.
Menos vida tuvieras
si hubiera de igualarte
con otras que se me han muerto en la boca.
Quién tiene culpa desto,
allá lo entenderás de mí muy presto.

Canción cuarta

El aspereza de mis males quiero
que se muestre también en mis razones,
como ya en los efectos se ha mostrado.
Lloraré de mi mal las ocasiones.
Sabrá el mundo la causa por que muero,
y moriré a lo menos confesado.
Pues soy por los cabellos arrastrado
de un tan desatinado pensamiento,
que por agudas peñas peligrosas,
por matas espinosas,
corre con ligereza más que el viento.
Bañando de mi sangre la carrera,
y para más despacio atormentarme,
llévame alguna vez por entre flores,
a do de mis tormentos y dolores
descanso, y dellos vengo a no acordarme;
mas él a más descanso no me espera;
antes, como me ve desta manera,
con un nuevo furor y desatino
torna a seguir el áspero camino.

No vine por mis pies a tantos daños:
fuerzas de mi destino me trajeron
y a la que me atormenta me entregaron.

Mi razón y juicio bien creyeron
guardarme, como en los pasados años
de otros graves peligros me guardaron;
mas cuando los pasados compararon
con los que venir vieron, no sabían
lo que hacer de sí, ni dó meterse;
que luego empezó a verse
la fuerza y el rigor con que venían.
Mas de pura vergüenza constreñida,
con tardo paso y corazón medroso
al fin ya mi razón saltó al camino.
Cuanto era el enemigo más vecino,
tanto más el recelo temeroso
le mostraba el peligro de su vida.
Pensar en el temor de ser vencida
la sangre alguna vez le calentaba,
mas el mismo temor se la enfriaba.

Estaba yo a mirar, y peleando
en mi defensa mi razón estaba
cansada, y en mil partes ya herida;
y sin ver yo quién dentro me incitaba,
ni saber cómo, estaba deseando
que allí quedase mi razón vencida.
Nunca en todo el proceso de mi vida
cosa se me cumplió que desease
tan presto como aquésta; que a la hora
se rindió la señora,

y al siervo consintió que gobernase
y usase de la ley del vencimiento.
Entonces yo sentíme salteado
de una vergüenza libre y generosa;
corríme gravemente que una cosa
tan sin razón hubiese así pasado.
Luego siguió el dolor al corrimiento
de ver mi reino en mano de quien cuento
que me da vida y muerte cada día,
y es la más moderada tiranía.

Los ojos, cuya lumbre bien pudiera
tornar clara la noche tenebrosa,
y oscurecer al sol a mediodía,
me convirtieron luego en otra cosa.
Volviéndome a mí la vez primera
con la calor del rayo que salía
de su vista, que en mí se difundía;
y de mis ojos la abundante vena
de lágrimas al sol que me inflamaba,
no menos ayudaba
a hacer mi natura en todo ajena
de lo que era primero. Corromperse
sentí el sosiego y libertad pasada,
y el mal de que muriendo estó, engendrarse,
y en tierras sus raíces ahondarse
tanto, cuanto su cima levantada
sobre cualquier altura hace verse.

El fruto que de aquí suele cogerse,
mil es amargo, alguna vez sabroso;
mas mortífero siempre y ponzoñoso.

De mí agora huyendo, voy buscando
a quien huye de mí como enemiga,
que a un error añadido el otro yerro;
y en medio del trabajo y la fatiga
estoy cantando yo, y está sonando
de mis atados pies el grave hierro;
mas poco dura el canto, si me encierro
acá dentro de mí, porque allí veo
un campo lleno de desconfianza.
Muéstrame la esperanza
de lejos su vestido y su meneo;
mas ver su rostro nunca me consiente.
Torno a llorar mis daños, porque entiendo
que es un crudo linaje de tormento
para matar aquel que está sediento,
mostrarle el agua por que está muriendo;
de la cual el cuitado juntamente
la claridad contempla, el ruido siente,
mas cuando llega ya para bebellá,
gran espacio se halla lejos della.

De los cabellos de oro fue tejida
la red que fabricó mi sentimiento,
do mi razón revuelta y enredada

con gran vergüenza suya y corrimiento,
sujeta al apetito y sometida
en público adulterio fue tomada,
del cielo y de la tierra contemplada.
Mas ya no es tiempo de mirar yo en esto,
pues no tengo con qué considerallo,
y en tal punto me hallo,
que estoy sin armas en el campo puesto,
y el paso ya cerrado y la huida.
¿Quién no se espantará de lo que digo?
Que es cierto que he venido a tal extremo,
que del grave dolor que huyo y temo
me hallo algunas veces tan amigo,
que en medio dél, si vuelvo a ver la vida
de libertad, la juzgo por perdida,
y maldigo las horas y momentos
gastados mal en libres pensamientos.

No reina siempre aquesta fantasía,
que en imaginación tan variable
no se reposa un hora el pensamiento.
Viene con un rigor tan intratable
a tiempos de dolor, que al alma mía
desampara, huyendo, el sufrimiento,
lo que dura la furia del tormento.
No hay parte en mí que no se me trastorne
y que en torno de mí no esté llorando;
de nuevo protestando

que de la vía espantosa atrás me torne.
Esto ya por razón no va fundado,
ni le dan parte dello a mi juicio,
que este discurso todo es ya perdido;
mas es en tanto daño del sentido
este dolor, y en tanto perjuicio,
que todo lo sensible atormentado,
de bien, si alguno tuvo, ya olvidado
está de todo punto, y sólo siente
la furia y el rigor del mal presente.

En medio de la fuerza del tormento
una sombra de bien se me presenta,
do el fiero ardor un poco se mitiga.
Figúraseme cierto a mí que sienta
alguna parte de lo que yo siento
aquella tan amada mi enemiga.
Es tan incomportable la fatiga
que si con algo yo no me engañase
para poder llevalla, moriría;
y así, me acabaría
sin que de mí en el mundo se hablase.
Así que del estado más perdido
saco algún bien; mas luego en mí la suerte
trueca y revuelve el orden, que algún hora,
si el mal acaso un poco en mí mejora,
aquel descanso luego se convierte
en un temor que me ha puesto en olvido

aquella por quien sola me he perdido.
Así, del bien que un rato satisface,
nace el dolor que el alma me deshace.

Canción, si quien te viera se espantare
de la inestabilidad y ligereza,
y revuelta del vago pensamiento;
estable, grave y firme es el tormento,
le di, que es causa, cuya fortaleza
es tal, que cualquier parte en que tocare,
la hará revolver hasta que pare
en aquel fin de lo terrible y fuerte,
que todo el mundo afirma que es la muerte.

Canción quinta

A “Flor de Gnido”

Si de mi baja lira
tanto pudiese el son, que en un momento
aplacase la ira
del animoso viento,
y la furia del mar y el movimiento;

y en ásperas montañas
con el suave canto enterneciese
las fieras alimañas,
los árboles moviese,
y al son confusamente los trajese;

no pienses que cantado
sería de mí, hermosa flor de Gnido,
el fiero Marte airado,
a muerte convertido,
de polvo, y sangre, y de sudor teñido;

ni aquellos capitanes
en las sublimes ruedas colocados,
por quien los alemanes
el fiero cuello atados,
y los franceses van domesticados.

Mas solamente aquella
fuerza de tu beldad sería cantada,
y alguna vez con ella
también sería notada
el aspereza de que estás armada;

y cómo por ti sola,
y por tu gran valor y hermosura,
convertido en viola,
llora su desventura
el miserable amante en tu figura.

Hablo de aquel cautivo,
de quien tener se debe más cuidado,
que está muriendo vivo,
al remo condenado,
en la concha de Venus amarrado.

Por ti, como solía,
del áspero caballo no corrige
la furia y gallardía,
ni con freno la rige,
ni con vivas espuelas ya le aflige.

Por ti, con diestra mano
no revuelve la espada presurosa,
y en el dudoso llano
huye la polvorosa
palestra, como sierpe ponzoñosa.

Por ti, su blanda musa,
en lugar de la cítara sonante,
tristes querellas usa,
que con llanto abundante
hacen bañar el rostro del amante.

Por ti, el mayor amigo
le es importuno, grave y enojoso;
yo puedo ser testigo,
que ya del peligroso
nafragio fui su puerto y su reposo.

Y agora en tal manera
vence el dolor a la razón perdida,
que ponzoñosa fiera
nunca fue aborrecida
tanto como yo dél, ni tan temida.

No fuiste tú engendrada,
ni producida de la dura tierra;
no debe ser notada
que ingratamente yerra
quien todo el otro error de sí destierra.

Hágate temerosa
el caso de Anaxarete, y cobarde,
que de ser desdeñosa
se arrepentió muy tarde,
y así su alma con su mármol arde.

Estábase alegrando
del mal ajeno el pecho empedernido,
cuando abajo mirando,
el cuerpo muerto vido
del miserable amante, allí tendido.

Y al cuello el lazo atado
con que desenlazó de la cadena
el corazón cuitado,
que con su breve pena
compró la eterna punición ajena.

Sintió allí convertirse
en piedad amorosa el aspereza.
¡Oh tarde arrepentirse!
¡Oh última terneza!
¿Cómo te sucedió mayor dureza?

Los ojos se enclavaron
en el tendido cuerpo que allí vieron,
los huesos se tornaron
más duros y crecieron,
y en sí toda la carne convirtieron;

las entrañas heladas
tornaron poco a poco en piedra dura;
por las venas cuitadas
la sangre su figura
iba desconociendo y su natura;

hasta que, finalmente,
en duro mármol vuelta y transformada,
hizo de sí la gente
no tan maravillada
cuanto de aquella ingratitud vengada.

No quieras tú, señora,
de Némesis airada las saetas
probar, por Dios, agora;
baste que tus perfetas
obras y hermosura a los poetas

den inmortal materia,
sin que también en verso lamentable
celebren la miseria
de algún caso notable,
que por ti pase triste y miserable.

Sonetos

I

Cuando me paro a contemplar mi estado
y a ver los pasos por do me han traído,
hallo, según por do anduve perdido,
que a mayor mal pudiera haber llegado.

Mas cuando del camino esto y olvidado,
a tanto mal no sé por dó he venido;
sé que me acabo, y más he yo sentido
ver acabar conmigo mi cuidado.

Yo acabaré, que me entregué sin arte
a quien sabrá perderme y acabarme,
si ella quisiera, y aún sabrá querello;

que pues mi voluntad puede matarme,
la suya, que no es tanto de mi parte,
pudiendo, ¿qué hará sino hacello?

II

En fin, a vuestras manos he venido,
do sé que he de morir tan apretado,

que aun aliviar con quejas mi cuidado
como remedio me es ya defendido.

Mi vida no sé en qué se ha sostenido
si no es en haber sido yo guardado
para que sólo en mí fuese probado
cuánto corta un espada en un rendido.

Mis lágrimas han sido derramadas
donde la sequedad y el aspereza
dieron mal fruto dellas y mi suerte.

Basten las que por vos tengo lloradas.
No os venguéis más de mí con mi flaqueza;
allá os vengad, señora, con mi muerte.

III

La mar en medio y tierras he dejado
de cuanto bien, cuitado, yo tenía;
yéndome alejando cada día,
gentes, costumbres, lenguas he pasado.

Ya de volver estoy desconfiado;
pienso remedios en mi fantasía,
y el que más cierto espero, es aquel día
que acabará la vida y el cuidado.

De cualquier mal pudiera socorrerme
con veros yo, señora, o esperallo
si esperallo pudiera sin perdello.

Mas de no veros ya para valerme,
si esperallo pudiera ser perdello,
y si esto lo es, tampoco podré habello.

IV

Un rato se levanta mi esperanza.
Tan cansada de haberse levantado,
torna a caer, que deja, a mal mi grado,
libre el lugar a la desconfianza.

¿Quién sufrirá tan áspera mudanza
del bien al mal? ¡Oh corazón cansado!
Esfuerza en la miseria de tu estado;
que tras fortuna suele haber bonanza.

Yo mismo emprenderé a fuerza de brazos
romper un monte, que otro no rompiera,
de mil inconvenientes muy espeso.

Muerte, prisión no pueden, ni embarazos,
quitarme de ir a veros, como quiera
desnudo espíritu o hombre en carne y hueso.

V

Escrito está en mi alma vuestro gesto,
y cuanto yo escribir de vos deseo;
vos sola lo escribisteis; yo lo leo
tan solo, que aun de vos me guardo en esto.

En esto estoy y estaré siempre puesto;
que aunque no cabe en mí cuanto en vos veo,
de tanto bien lo que no entiendo creo,
tomando ya la fe por presupuesto.

Yo no nací sino para quereros;
mi alma os ha cortado a su medida;
por hábito del alma misma os quiero.

Cuanto tengo confieso yo deberos;
por vos nací, por vos tengo la vida,
por vos he de morir, y por vos muero.

VI

Por ásperos caminos he llegado
a parte que de miedo no me muevo;
y si a mudarme a dar un paso pruebo,
allí por los cabellos soy tornado.

Mas tal estoy, que con la muerte al lado
busco de mi vivir consejo nuevo;

y conozco el mejor, y el peor apruebo,
o por costumbre mala o por mi hado.

Por otra parte, el breve tiempo mío,
y el errado proceso de mis años,
en su primer principio y en su medio,

mi inclinación, con quien ya no porfío,
la cierta muerte, fin de tantos daños,
me hacen descuidar de mi remedio.

VII

No pierda más quien ha tanto perdido;
bástete, amor, lo que ha por mí pasado;
válgame agora haber jamás probado
a defenderme de lo que has querido.

Tu templo y sus paredes he vestido
de mis mojadas ropas, y adornado,
como acontece a quien ha ya escapado
libre de la tormenta en que se vido.

Yo había jurado nunca más meterme,
a poder mío y a mi consentimiento,
en otro tal peligro, como vano.

Mas del que viene no podré valerme;
y en esto no voy contra el juramento;
que ni es como los otros, ni en mi mano.

VIII

De aquella vista pura y excelente
salen espíritus vivos y encendidos,
y siendo por mis ojos recibidos,
me pasan hasta donde el mal se siente.

Encuéntrense al camino fácilmente
con los míos, de tal calor movidos,
salen fuera de mí como perdidos,
llamados de aquel bien que está presente.

Ausente, en la memoria la imagino;
mis espíritus, pensando que la vían,
se mueven y se encienden sin medida.

Mas no hallando fácil el camino,
que los suyos entrando derretían,
revientan por salir do no hay salida.

IX

Señora mía, si yo de vos ausente
en esta vida duro y no me muero,
paréceme que ofendo a lo que os quiero,
y al bien de que gozaba en ser presente.

Tras éste luego siento otro accidente,
que es ver que si de vida desespero
yo pierdo cuanto bien de vos espero,
y así ando en lo que siento diferente.

En esta diferencia mis sentidos
están en vuestra ausencia y en porfía.
No sé ya qué hacerme en mal tamaño.

Nunca entre sí los veo sino reñidos:
de tal arte pelean noche y día
que sólo se conciertan en mi daño.

x

¡Oh dulces prendas, por mi mal halladas,
dulces y alegres cuando Dios quería!
Juntas estáis en la memoria mía,
y con ella en mi muerte conjuradas.

¿Quién me dijera, cuando en las pasadas
horas en tanto bien por vos me vía,
que me habíades de ser en algún día
con tan grave dolor representadas?

Pues en un hora junto me llevastes
todo el bien que por términos me distes,
llevadme junto el mal que me dejastes.

Si no, sospecharé que me pusistes
en tantos bienes porque deseastes
verme morir entre memorias tristes.

XI

Hermosas ninfas, que, en río metidas,
contentas habitáis en las moradas
de relucientes piedras fabricadas
y en columnas de vidrio sostenidas;

agora estéis labrando embebecidas,
o tejiendo las telas delicadas;
agora unas con otras apartadas,
contándoos los amores y las vidas,

dejad un rato la labor, alzando
vuestras rubias cabezas a mirarme,
y no os detendréis mucho según ando;

que o no podréis de lástima escucharme,
o convertido en agua aquí llorando,
podréis allá de espacio consolarme.

XII

Si para refrenar este deseo
loco, imposible, vano, temeroso,

y guarecer de un mal tan peligroso,
que es darme a entender yo lo que no creo,

no me aprovecha verme cual me veo,
o muy aventurado o muy medroso,
en tanta confusión, que nunca oso
fiar el mal de mí que lo poseo,

¿qué me ha de aprovechar ver la pintura
de aquel que con las alas derretidas
cayendo, fama y nombre al mar ha dado,

y la del que su fuego y su locura
llora entre aquellas plantas conocidas,
apenas en el agua resfriado?

XIII

A Dafne ya los brazos le crecían
y en luengos ramos vueltos se mostraban;
en verdes hojas vi que se tornaban
los cabellos que al oro escurecían;

los tiernos miembros, que aun bullendo estaban;
los blancos pies en tierra se hincaban

de áspera corteza se cubrían
y en torcidas raíces se volvían.

Aquel que fue la causa de tal daño,
a fuerza de llorar crecer hacía
este árbol que con lágrimas regaba.

¡Oh miserable estado ¡Oh mal tamaño!
¡Que con llorarla crezca cada día
la causa y la razón por que lloraba!

XIV

Como la tierna madre, que el doliente
hijo le está con lágrimas pidiendo
alguna cosa, de la cual comiendo
sabe que ha de doblarse el mal que siente,

y aquel piadoso amor no le consiente
que considere el daño que haciendo
lo que le pide hace, va corriendo,
y dobla el mal, y aplaca el accidente,

así a mi enfermo y loco pensamiento,
que en su daño os me pide, yo querría
quitar este mortal mantenimiento.

Mas pídemelo y llora cada día
tanto, que cuanto quiere le consiento,
olvidando su muerte, y aun la mía.

XV

Si quejas y lamentos pueden tanto,
que el curso refrenaron de los ríos,
y en los diversos montes y sombríos
los árboles movieron con su canto;

si convirtieron a escuchar su llanto
los fieros tigres y peñascos fríos;
si, en fin, con menos casos que los míos
bajaron a los reinos del espanto.

¿Por qué no ablandará mi trabajosa
vida, en miseria y lágrimas pasadas,
un corazón conmigo endurecido?

Con más piedad debería ser escuchada
la voz del que se llora por perdido,
que la del que perdió y llora otra cosa.

XVI

*A la sepultura de don Fernando de Guzmán, su hermano,
que murió de pestilencia a los veinte años de su edad, estan-
do en el ejército de nuestro César con franceses en Nápoles*

No las francesas armas odiosas,
en contra puestas del airado pecho,
ni en los guardados muros con pertrecho
los tiros y saetas ponzoñosas;

no las escaramuzas peligrosas,
ni aquel fiero ruido contrahecho
de aquel para Júpiter fue hecho
por manos de Vulcano artificiosas,

pudieron, aunque más yo me ofrecía
a los peligros de la dura guerra,
quitar una hora sola de mi hado.

Mas infición de aire en solo un día
me quitó al mundo, y me ha en ti sepultado,
Parténope, tan lejos de mi tierra.

XVII

Pensando que el camino iba derecho,
vine a parar en tanta desventura,
que imaginar no puedo, aun con locura,
algo de que esté un rato satisfecho.

En ancho campo me parece estrecho;
la noche clara para mí es oscura;
la dulce compañía, amarga y dura,
y duro campo de batalla el lecho.

Del sueño, si hay alguno, aquello parte
sola que es ser imagen de la muerte
se viene con el alma fatigada.

En fin, que como quiera estoy de arte
que juzgo ya por hora menos fuerte,
aunque en ella me vi, la que es pasada.

XVIII

Si a vuestra voluntad yo soy de cera,
y por sol tengo solo vuestra vista,
la cual a quien no inflama, o no conquista
con su mirar, es de sentido fuera;

de do viene una cosa, que si fuera
menos veces de mí probada y vista,
según parece que a razón resista,
a mi sentido mismo no creyera,
y es que yo soy de lejos inflamado
de vuestra ardiente vista y encendido
tanto, que en vida me sostengo apenas,

Mas si de cerca soy acometido
de vuestros ojos, luego siento helado
cuajárseme la sangre por las venas.

XIX

Julio, después que me partí llorando
de quien jamás mi pensamiento parte,
y dejé de mi alma aquella parte
que al cuerpo vida y fuerza estaba dando,

de mi bien a mí mismo voy tomando
estrecha cuenta, y siento de tal arte
faltarme todo el bien que temo en parte
que ha de faltarme el aire suspirando;

y con este temor mi lengua prueba
a razonar con vos, ¡oh dulce amigo!
del amarga memoria de aquel día
en que yo comencé como testigo
a poder dar del alma vuestra nueva
y a saberla de vos del alma mía.

xx

Con tal fuerza y vigor son concertados
para mi perdición los duros vientos,
que cortaron mis tiernos pensamientos
luego que sobre mí fueron mostrados.

El mal es que me quedan los cuidados
en salvo destos acontecimientos,
que son duros, y tienen fundamentos
en todos mis sentidos bien echados.

Aunque por otra parte no me duelo,
ya que el bien me dejó con su partida,
del grave mal que en mí está de contino;

antes con él me abrazo y me consuelo,
porque en proceso de tan dura vida
atajaré la largueza del camino.

XXI

Clarísimo marqués, en quien derrama
el cielo cuanto bien conoce el mundo:
si al gran valor en que el sujeto fundo,
y al claro resplandor de vuestra llama

arribaré mi pluma, y do la llama
la voz de vuestro nombre alto y profundo,
seréis vos solo eterno y sin segundo,
y por vos inmortal quien tanto os ama.

Cuanto del largo Cielo se desea,
cuanto sobre la Tierra se procura,
todo se halla en vos de parte a parte;

y, en fin, de sólo vos formó natura
una extraña y no vista al mundo idea,
e hizo igual al pensamiento el arte.

XXII

Con ansia extrema de mirar qué tiene
vuestro pecho escondido allá en su centro,

y ver si a lo de fuera lo de dentro
en apariencia y ser igual conviene,

en él puse la vista; mas detiene
de vuestra hermosura el duro encuentro
mis ojos, y no pasan tan adentro
que miren lo que el alma en sí contiene.

Y así, se quedan tristes en la puerta
hecha por mi dolor, con esa mano
que aun a su mismo pecho no perdona;

donde vi claro mi esperanza muerta;
y el golpe que os hizo amor en vano
non esservi passato oltra la gonna.

XXIII

En tanto que de rosa y azucena
se muestra la color en vuestro gesto,
y que vuestro mirar ardiente, honesto,
enciende al corazón y lo refrena,

y en tanto que el cabello, que en la vena
del oro se escogió, con vuelo presto,
por el hermoso cuello blanco, enhiesto,
el viento mueve, esparce y desordena;

coged de vuestra alegre primavera
el dulce fruto, antes que el tiempo airado
cubra de nieve la hermosa cumbre.

Marchitará la rosa el viento helado,
todo lo mudará la edad ligera,
por no hacer mudanza en su costumbre.

XXIV

A la marquesa de la Padula, doña María de Cardona

Ilustre honor del nombre de Cardona,
décima moradora de Parnaso,
a Tansilo, a Minturno, al culto Taso
sujeto noble de inmortal corona.

Si en medio del camino no abandona
la fuerza y el espíritu a vuestro Laso,
por vos me llevará mi osado paso
a la cumbre difícil de Helicon.

Podré llevar entonces, sin trabajo,
con dulce son que el curso al agua enfrena,
por un camino hasta agora enjuto,

el patrio celebrado y rico Tajo,
que del valor de su luciente arena
a vuestro nombre pague el gran tributo.

XXV

¡Oh hado ejecutivo en mis dolores,
cómo sentí tus leyes rigurosas!
Cortaste el árbol con manos dañosas
y esparciste por tierra fruta y flores.

En poco espacio yacen los amores
y toda la esperanza de mis cosas,
tornados en cenizas desdeñosas
y sordas a mis quejas y clamores.

Las lágrimas que en esta sepultura
se vierten hoy en día y se vertieron
recibe, aunque sin fruto allá te sean,

hasta que aquella eterna noche oscura
me cierre aquestos ojos que te vieron,
dejándome con otros que te vean.

XXVI

Echado está por tierra el fundamento
que mi vivir cansado sostenía.
¡Oh cuánto bien se acaba en un solo día!
¡Oh cuántas esperanzas lleva el viento!

¡Oh cuán ocioso está mi pensamiento
cuando se ocupa en bien de cosa mía!

A mi esperanza, así como a baldía,
mil veces la castiga mi tormento.

Las más veces me entrego, otras resisto
con tal furor, con una fuerza nueva,
que un monte puesto encima rompería.

Aquéste es el deseo que me lleva,
a que desee tornar a ver un día
a quien fuera mejor nunca haber visto.

XXVII

Amor, amor, un hábito vestí,
el cual de vuestro paño fue cortado;
al vestir ancho fue, más apretado
y estrecho cuando estuvo sobre mí.

Después acá de lo que consentí,
tal arrepentimiento me ha tornado,
que pruebo alguna vez, de congojado,
a romper esto en que yo me metí.

Mas ¿quién podrá deste hábito librarse,
teniendo tan contraria su natura,
que con él ha venido a conformarse?

Si alguna parte queda, por ventura,
de mi razón, por mí no osa mostrarse;
que en tal contradicción no está segura.

XXVIII

Boscán, vengado estáis, con mengua mía,
de mi rigor pasado y mi aspereza,
con que reprenderos la terneza
de vuestro blando corazón solía.

Agora me castigo cada día
de tal selvatiquez y tal torpeza;
mas es a tiempo que de mi bajeza
correrme y castigarme bien podría.

Sabed que en mi perfecta edad y armado
con mis ojos abiertos me he rendido
al niño que sabéis, ciego y desnudo.

De tan hermoso fuego consumido
nunca fue corazón. Si preguntado
soy lo demás, en lo demás soy mudo.

XXIX

Pasando el mar Leandro el animoso,
en amoroso fuego todo ardiendo,
esforzó el viento, y fuese embraveciendo
el agua con un ímpetu furioso.

Vencido del trabajo presuroso,
contrastar a las ondas no pudiendo,

y más del bien que allí perdía muriendo,
que de su propia vida congojoso,
como pudo, esforzó su voz cansada,
y a las ondas habló de esta manera
(mas nunca fue su voz dellas oída):

“Ondas, pues no se excusa que yo muera,
dejadme allá llegar, y a la tornada
vuestro furor ejecutá en mi vida.”

xxx

Sospechas que, en mi triste fantasía
puestas, hacéis la guerra a mi sentido,
volviendo y revolviendo el afligido
pecho, con dura mano noche y día;

ya se acabó la resistencia mía
y la fuerza del alma; ya rendido,
vencer de vos me dejo, arrepentido
de haberos contrastado en tal porfía.

Llevadme a aquel lugar tan espantable,
do por no ver mi muerte allí esculpida,
cerrados hasta aquí tuve los ojos.

Las armas pongo ya, que concedida
no es tan larga defensa al miserable:
colgad en vuestro carro mis despojos.

XXXI

Dentro en mi alma fue de mí engendrado
un dulce amor, y de mi sentimiento
tan aprobado fue su nacimiento
como de un solo hijo deseado;

mas luego dél nació quien ha estragado
del todo el amoroso pensamiento;
que en áspero rigor y en gran tormento
los primeros deleites ha trocado.

¡Oh crudo nieto, que das vida al padre
y matas al abuelo! ¿Por qué creces
tan disconforme a aquel de que has nacido?

¡Oh celoso temor! ¿A quién pareces?
¡Que la envidia, tu propia y fiera madre,
se espanta en ver el monstruo que ha parido!

XXXII

Estoy continuo en lágrimas bañado,
rompiendo el aire siempre con suspiros;
y más me duele nunca osar deciros
que he llegado por vos a tal estado;

que viéndome do estoy, y lo que he andado
por el camino estrecho de seguiros,
si me quiero tornar para huiros,
desmayo viendo atrás lo que he dejado;

si a subir pruebo en la difícil cumbre,
a cada paso espántanme en la vía
ejemplos tristes de los que han caído.

Y, sobre todo, me falta ya la lumbré
de la esperanza, con que andar solía
por la oscura región de vuestro olvido.

XXXIII

A Mario Galeota

Mario, el ingrato amor, como testigo
de mi fe pura y de mi gran firmeza,
usando en mí su vil naturaleza,
que es hacer más ofensa al más amigo,

teniendo miedo que si escribo y digo
su condición, abato su grandeza,
no bastando su esfuerzo a su crudeza,
ha esforzado la mano a mi enemigo.

Y así, en la parte que la diestra mano
gobierno, y en aquella que declara
el concepto del alma, fui herido.

Mas yo haré que aquesta ofensa cara
le cueste al ofensor, ya que estoy sano,
libre, desesperado y ofendido.

XXXIV

Gracias al Cielo doy que ya del cuello
del todo el grave yugo he sacudido,
y que del viento el mar embravecido
veré desde lo alto sin temello.

Veré colgada de un sutil cabello
la vida del amante embebecido
en su error, y en engaño adormecido,
sordo a las voces que le avisan dello.

Alegrárame el mal de los mortales;
mas no es mi corazón tan inhumano
en aqueste mi error, como parece,

porque yo huelgo como huelga el sapo,
no de ver a los otros en los males,
sino de ver que dellos él carece.

XXXV

A Boscán, desde la goleta

Boscán, las armas y el furor de Marte,
que con su propia sangre el africano
suelo regando, hacen que el romano
imperio reverdezca en esta parte,

han reducido a la memoria el arte
y el antiguo valor italiano,
por cuya fuerza y valerosa mano
África se aterró de parte a parte.

Aquí donde el romano entendimiento,
donde el fuego y la llama licenciada
sólo el nombre dejaron a Cartago,

vuelve y revuelve amor mi pensamiento,
hiere y enciende el alma temerosa,
y en llanto y en ceniza me deshago.

XXXVI

A la entrada de un valle, en un desierto,
do nadie atravesaba, ni se vía,
vi que con extrañeza un can hacía
extremos de dolor con desconcierto;

ahora suelta el llanto al cielo abierto,
ora va rastreando por la vía;
camina, vuelve, para, y todavía
quedaba desmayado como muerto.

Y fue que se apartó de su presencia
su amo, y no le hallaba, y esto siente,
¡mirad hasta dó llega el mal de ausencia!

Movióme a compasión ver su accidente;
díjele lastimado: “Ten paciencia,
que yo alcanzo razón, y estoy ausente.”

XXXVII

Mi lengua va por do el dolor la guía;
ya yo con mi dolor sin guía camino;
entrambos hemos de ir con puro tino,
cada uno va a parar do no querría;

yo, porque voy sin otra compañía,
sino la que me hace el desatino;
ella, porque la lleve aquel que vino
a hacerla decir más que querría.

Y es para mí la ley tan desigual,
que, aunque inocencia siempre en mí conoce,
siempre yo pago el yerro ajeno y mío.

¿Qué culpa tengo yo del desvarío
de mi lengua, si estoy en tanto mal,
que el sufrimiento ya me desconoce?

XXXVIII

Siento el dolor menguarme poco a poco,
no porque ser le sienta más sencillo,
mas fallece el sentir para sentillo,
después que de sentillo estoy tan loco.

Ni en serlo pienso que en locura toco,
antes voy tan ufano con oílo,
que no dejaré el sello y el sufrillo,
que si dejo de serlo el seso apoco.

Todo me empece, el seso y la locura;
prívame éste de sí por ser tan mío;
mátame estotra por ser yo tan suyo.

Parecerá a la gente desvarío
preciarme deste mal, no me destruyo;
yo lo tengo por única ventura.

Canciones breves

I

Habiéndose casado su dama

Culpa debe ser quereros,
según lo que en mí hacéis;
mas allá lo pagaréis,
do no sabrán conoceros,
por mal que me conocéis.

Por quereros, ser perdido
pensaba, que no culpado;
mas que todo lo haya sido,
así me lo habéis mostrado,
que lo tengo bien sabido.

¡Quién pudiese no quereros
tanto como vos sabéis,
por holgarme que paguéis
lo que no han de conoceros
con lo que no conocéis!

II

Otra

Yo dejaré desde aquí
de ofenderos más hablando;
porque mi morir callando
os ha de hablar por mí.

Gran ofensa os tengo hecha
hasta aquí en haber hablado,
pues en cosa os he enojado
que tan poco me aprovecha.

Derramaré desde aquí
mis lágrimas no hablando;
porque quien muere callando
tiene quién hable por sí.

III

A una partida

Acaso supo, a mi ver,
y por acierto quereros,
quién tal yerro fue a hacer,
como partirse de veros
donde os dejase de ver.

Imposible es que este tal,
pensando que os conocía,
supiese lo que hacía,
cuando su bien y su mal
junto os entregó en un día.

Acertó acaso a hacer
lo que si por conoceros
hiciera, no podía ser
partirse, y con solo veros
dejaros siempre de ver.

IV

Traduciendo cuatro versos de Ovidio

Pues este nombre perdí,
Dido, mujer de Siqueo,
en mi muerte esto deseo
que se escriba sobre mí:

“El peor de los troyanos
dio la causa y el espada;
Dido, a tal punto llegada,
no puso más de las manos.”

V

A una señora que, andando él y otro paseando, les echó una red empezada y un huso comenzado a hilar en él, y dijo que aquello había trabajado todo el día

De la red y del hilado
hemos de tomar, señora,
que echáis de vos en un hora
todo el trabajo pasado.

Y si el vuestro se ha de dar
a los que se pasearen,
lo que por vos trabajaren
¿dónde lo pensáis echar?

VI

Glosa sobre este villancico

“¿Qué testimonios son éstos
que le queréis levantar?
Que no fue sino bailar.”

¿Esta tienen por gran culpa?
No lo fue a mi parecer,
porque tiene por disculpa
que lo hizo la mujer.

Ésta le hizo caer
mucho más que no el saltar
que hizo con el bailar.

VII

A Boscán, porque estando en Alemania danzó en unas bodas

La gente se espanta toda
que hablar a todos distes,
que un milagro que hicistes
hubo de ser en la boda.

Pienso que habéis de venir,
si vais por ese camino,
a tornar el agua en vino,
como el danzar en reír.

VIII

Villancico

Nadie puede ser dichoso,
señora, ni desdichado,
sino que os haya mirado.
Porque la gloria de veros
en ese punto se quita
que se piensa mereceros.

Así que, sin conoceros,
nadie puede ser dichoso,
señora, ni desdichado,
sino que os haya mirado.



**Gacilaso
de la Vega
Poesía selecta**
se terminó de editar en noviembre de
2015 en las oficinas de la Editorial
Universitaria, José Bonifacio Andrada
2679, Lomas de Guevara, 44657
Guadalajara, Jalisco